

ses, ni de modificar á nuestro capricho las circunstancias mas notables de los hechos, buscando en seguida las explicaciones naturales de ellos, y suponiendo gratuitamente un aparato de máquinas, y una maniobra de causas físicas de que no se hace mencion alguna; es necesario tomar la narracion tal como es, y ver si debe ser admitida como cierta, ó desechada como fabulosa. Es vidente que esta larga serie de milagros mirados en su conjunto, en sus pormenores, en sus circunstancias y en su duracion, son superiores á las fuerzas de la naturaleza, y sobrepujan todos los esfuerzos de la industria humana; y así no hay mas que tomar uno de estos dos partidos, ó negar los hechos, ó confesar ingenuamente que son milagrosos, y que debemos ver en ellos la mano de Dios, autorizando por su medio la mision de su enviado, protegiendo á su pueblo, vengándole de sus enemigos y colmándole de favores, ó castigándole por su infidelidad. Ahora voy á demostrar que todo nos asegura la realidad de los hechos, tanto su misma naturaleza como el carácter del historiador, la creencia de la nacion testigo irrecusable de ellos, y los efectos durables de que son la verdadera causa.

Bien sabido es cuanto influye para la autori-

dad de una historia y cuanto peso da á sus relaciones el conocimiento del carácter del historiador, y una reputacion bien merecida de buena fe, de imparcialidad y de virtud. ¿Y hallais algo en Moises que no inspire al lector la mas entera confianza? Lleno de sentimientos de religion y de piedad, se olvida á sí mismo para solo ver al que le envia, celebra su poder y su bondad, y la primera ley que dicta es amarle con todo el afecto del corazon. Inflamado de celo por extirpar los vicios y asegurar la práctica de las virtudes, á esto solo dirige sus discursos, su culto y sus leyes. Sin ambicion ni miras personales, acepta con sentimiento el grande ministerio que el cielo le confia; sacrifica su reposo al bien de un pueblo naturalmente indócil, que le aflige sin cesar con su rebellion y su ingratitude; cede á su hermano la mas alta dignidad, el sacerdocio supremo, y deja á sus hijos en la clase de simples levitas: no adula ni conoce esos miramientos que inspira la política; reprende al pueblo lo mismo que á sus gefes sus prevaricaciones con una firmeza magnánima; no teme ofender el orgullo de las familias, recordándoles el incesto de Judá y de Tamar, la adoracion del becerro de oro, las disoluciones de los Israelitas con las hijas de Madian, las

faltas de Leví gefe de su tribu, las de su hermano Aaron, de su hermana María y de sus sobrinas Nadab y Abiu. Lleno de candor y de modestia ni aun se disimula sus propias faltas: no se atribuye la gloria de ningun suceso, y no se mira mas que como el intérprete y el ejecutor de las órdenes del cielo. Sencillo en su estilo, sin énfasis ni reflexiones estudiadas, refiere y jamas diserta: habla como hombre convencido, y con la seguridad de un escritor que no teme ser contradicho. ¡Tantos rasgos reunidos de candor, de sinceridad y de virtud pura denotan un impostor, ó nos dan mas bien á reconocer un historiador verídico?

¡Pero cuánto se aumenta la confianza que inspiran sus cualidades personales con las circunstancias mismas y la naturaleza de los hechos que refiere! Por hábil y atrevido que sea un impostor hay siempre límites que no puede traspasar impunemente. No basta inventar fábulas, es necesario hacerlas creibles, porque, si no se inventan mas que mentiras tan groseras que aun el vulgo las conozca, ¿qué esperanza puede quedar de seducirle? El embustero teme parecerlo, y su primer cuidado es encubrir la falsedad de su fábulas; para esto coloca su origen en tiempos remotos, las cubre con la oscu-

ridad de los siglos, y sobre todo no publica cosas que puedan desmentir testigos vivos y naciones enteras; de otro modo pronto se desgarraria el velo de sus imposturas, sin sacar otro fruto de su loca conducta que una indeleble vergüenza; y esto es lo que hubiera sucedido á Moises si solo debiésemos ver en su relacion una mentira continuada. Se conviene en que era un hombre hábil; y sin embargo para suponerle historiador infiel seria preciso hacerle el mas inepto y estúpido de los hombres. En efecto, cuanto refiere es público por su naturaleza, notorio y rudioso; los prodigios que relaciona no han acaecido entre las sombras de la noche, ni en tiempos antiguos, ni en paises lejanos, sino delante de su nacion, cuyo testimonio invoca continuamente, designa las familias, las personas, los sitios, y no teme decir á seiscientos mil hombres: esto es lo que vosotros mismos habeis visto y esto lo que habeis oido. No, no es un poeta que describe con los colores de una imaginacion brillante, es un historiador que cuenta los hechos con exactitud y con todas sus circunstancias, que los presenta incesantemente como títulos de su mision, y que desafía abiertamente á la nacion á contradecirlos. En el último de sus libros, en el Deuteronomio, ha-

ee una recopilacion de todos los sucesos maravillosos que pasaron por espacio de cuarenta años, y acaba diciendo á todo el pueblo: „Vuestros ojos han visto todas estas grandes maravillas que hizo el Señor:” *Oculi vestri viderunt omnia opera Domini magna quæ fecit* (1)

Nada hay mas natural que apoyarse un impostor en revelaciones, en sueños, en milagros que algunos cuantos cómplices suyos dicen haber visto; ¿pero qué impostor ha habido hasta ahora que haya expuesto al público sus mentiras, que haya invocado el testimonio de seiscientos mil hombres, y fundado el derecho de mandarlos en hechos evidentemente falsos, y en fábulas impertinentes desmentidas por la notoriedad pública (2)? Por mas ignorantes, groseros, crédulos y fáciles de engañar y de alucinar que se quiera suponer á los hebreos, en lo que convendrémos, si se quiere, no eran sin embargo un pueblo de insensatos, dominado enteramente de un delirio continuo que le privase del uso de los sentidos y de la razon. Tenian ojos para ver, oidos para oír, y un entendimiento para concebir. ¿Y cómo, á no haber estado real-

(1) Deuteronom. XI, 6.

(2) *Duwoisin*. Autor. des liv. de Moise. II. part. chap. 1.

mente locos, hubiera podido persuadirles Moises durante cuarenta años, que veian lo que no veian, y que oian lo que no oian? Diré, valiéndome del pensamiento y aun de las expresiones de un juicioso escritor: „Toda la certidumbre humana estriba sobre el principio de que los hombres no son locos, y que hay en la naturaleza ciertas reglas de las que jamas se separan, sino por un trastorno total de la razon. Permítaseme decir caprichosamente que en el tiempo de Cesar y de Pompeyo estaban atacados todos los hombres de una enfermedad que les hacia tomar por realidades los vanos sueños de su imaginacion; y desde este momento ya no habrá nada cierto, y se podrá decir que las batallas de Farsalia y de Actium son visiones de fanáticos. Cuando no se pueden negar los hechos, sino suponiendo una completa locura, no digo en una nacion entera, sino aun en un cierto número de hombres, se toca en materia de historia al último grado de certidumbre posible (1).” Los hombres son semejantes en todos tiempos, y si no es permitido suponer esta locura en los hombres del dia, tampoco lo es su-

(1) *Discours sur les liv. de Moises*, á la suite des *Pensées de Pascal*, pag. 392 y sig.

ponerla en los antiguos judios; pero si suponemos por una parte que unos milagros tan ruidosos y tan patentes que no se necesitaba para asegurarse de ellos mas que tener oidos y ojos, no eran mas que fábulas; y si sentamos por otra que los hebreos los han creido como verdades, no tenemos que vacilar en decir que todo el pueblo hebreo estaba poseido de la mas completa locura.

¿Se nos opondrá que nunca creyó en estos milagros, y que por lo tanto no se puede invocar su testimonio? Pero obsérvese desde luego que esta nacion era naturalmente indócil, y que siempre estaba propensa á levantarse contra su conductor: de aquí nacia sus murmuraciones, sus quejas sediciosas, su ansia por el Egipto y por los alimentos con que se habia criado. ¿Quién pues ha sido capaz de domarla y someterla al yugo de una legislacion austera y cargada de observancias penosas? ¿De qué medios se vale Moises para ser escuchado? No de otros que de los milagros que obra, y que presenta sin cesar como el sello de su mision divina, y sobre los que únicamente funda su autoridad. Si estos milagros no hubiesen sido mas que fábulas, hubiera sido muy absurdo creer en ellos; y no creyéndolos hubiera sido el col-

mo de la extravagancia que el pueblo le hubiese seguido como al enviado de Dios. ¿Es acaso posible que teniendo á Moises por un impostor, y que estando persuadidos de que sus milagros no eran mas que quimeras inventadas para engañarlos, se sometiesen sin embargo ciegamente á sus leyes, y que fuesen tan estúpidos que se dejasen dominar por él? ¿Era esto natural?

No queda á la incredulidad mas que un recurso, y es decir, que la nacion entera habia concertado con Moises esta impostura, y que se habia unido con él para componer esta maravillosa historia y engañar juntos á la posteridad. ¡Qué quimera! ¡Cuán desesperada debe ser una causa cuando no se la puede defender sino con tan absurdas hipótesis! Qué, ¿es posible que dos millones de hombres hubiesen concertado constante y unánimemente por espacio de cuarenta años esta grande impostura, sin que ni uno solo reclamase contra ella, sin que en medio del choque, mas de una vez violento, de intereses y pasiones que agitaban á las tribus no se oyese ni una sola voz á favor de la verdad; sin que en medio de las rebeliones que estallaban tan frecuentemente entre los hebreos, hubiese uno solo que se separase de esta infer-

nal maquinacion, y sin que despues de la muerte de Moises hubiese un solo hombre suficientemente veraz para obligar á sus con Ciudadanos á avergonzarse de tal mentira! ¡Habia de decir á Moises la nacion entera (1): Sabemos perfectamente que no sois el enviado de Dios; pero no importa, componed una fábula absurda, y nosotros y nuestros hijos fingiremos creer todo lo que querais imaginar; es cierto que no hemos hecho mas que costear el mar Bermejo; pero nosotros afirmaremos que nos ha abierto su seno para darnos paso: nos presentareis una religion severa, y aunque no sea mas que obra vuestra, nosotros la seguiremos como si viniese de Dios! ¿No es insultar á la razon humana el suponer semejante pacto entre un impostor y toda una nacion?

Ultimamente, para reunir todo género de pruebas, ved como una multitud de instituciones confirman la historia y la hacen palpable á todos. La fiesta de Pascua, la de Pentecostes y de los Tabernáculos; el uso de rescatar á los primogénitos; los cánticos sagrados, tales como el en que Moises celebra, en una poesía del todo divina, el paso del mar Bermejo; el vaso lle-

(1) *Duvoisin*. Autor. des liv. de Moise. II. part. chap. III.

no de maná y la vara de Aaron depositados en el tabernáculo; las dos tablas de la ley puestas por orden de Moises en el arca de la alianza; las planchas de bronce clavadas en el altar como un recuerdo del crimen y de la muerte funesta de Coré, Datan y Abiron, usurpadores sacrílegos del sacerdocio; y una porcion de ritos y ceremonias del culto público (1): todo esto representaba y hacia tener como presentes los prodigios que habian señalado la salida de Egipto, la publicacion de la ley, y la permanencia en el desierto. „Hay en cierta manera dos „historias de Moises, una escrita en el libro que „lleva su nombre, y otra como grabada en las „ceremonias y en las leyes observadas por los „judios, cuya práctica era una prueba viva á „favor del libro que las prescribia, y aun de lo „mas maravilloso que contiene (2).” Es verdad que una fiesta, un himno sagrado, un monumento cualquiera, si son muy posteriores á los sucesos, no forman siempre una prueba perentoria á su favor; pero cuando la historia de una nacion, sus tradiciones verbales, sus fiestas religiosas y civiles, sus ritos, sus cánticos sagria-

(1) *Duvoisin*. Autor. des liv. de Moise. II. part. chap. IV.

(2) Disc. á la suite des *Pensées de Pascal*,

dos y sus instituciones tienen un mismo origen, y suben á una misma época, ¿cómo es posible que esta concordancia deje de llamar la atención, ni cómo se puede dejar de convenir que en este caso la historia escrita está apoyada en los usos y en los monumentos visibles, que estos monumentos están recíprocamente explicados por la historia escrita, y que esta perfecta armonía tiene una fuerza irresistible sobre todos los entendimientos juiciosos?

Así pues, señores, tenemos probadas dos cosas; la primera, que Moises que vivía hace tres mil años, es el verdadero autor de los libros que se le atribuyen, y que nosotros llamamos el Pentateuco; y la segunda, que Moises es un autor muy verídico en los hechos que nos refiere: de aquí sacaremos dos consecuencias principales que encierran otras muchas accesorias.

La primera consecuencia es que el Pentateuco es uno de los libros mas antiguos, por no decir el mas antiguo de los libros conocidos. El que le tiene puede decir sin temor: He aquí el mas precioso y el mas antiguo monumento del talento humano. Y en efecto, ¿en qué pueblo se puede hallar otro semejante? ¿Qué obra hay que presente como la de Moises treinta y

tres siglos de antigüedad? Sanchoniaton escribió, dicen, los anales de los fenicios; ¿pero qué nos queda de él? Un fragmento que Porfirio citó el primero; y aunque hay sabios que dicen que alcanza hasta la guerra de Troya, todos convienen sin embargo en que es posterior á Moises. Beroso escribió los anales de los egipcios, Manethon los de los caldeos (1); pero uno y otros son mil años posteriores al historiador sagrado. Entre los persas hallareis á Zoroastro con los libros de que pasa por autor; pero los eruditos mas versados en estas materias, solo le hacen contemporáneo de Dario, hijo de Histaspes (2). En fin, el primer Compilador de la historia china, Confucio, vivía (3) quinientos y cincuenta años ántes de la era cristiana.

Que siendo el Pentateuco tan antiguo, no debe maravillarnos que sobre el origen de los

[1] *Memoir. de l'Acad. des Inscript. Tom. 16.* Véase tambien á *Hooke, Relig. natur. et revel. pag. 205 princip. Tom. II, pág. 108 y 109.*

[2] Al rededor de quinientos años ántes de Jesucristo. Véase la vida de Zoroastro por *Anquetil. Zend-Avesta, Tom II. pág. 60 y 61.*

[3] *Freret, dans les Mem. de l'Acad. des Inscript Tom. XVIII, pág. 207 y 208.*

pueblos y sobre los sucesos primitivos, nos dé conocimientos que en vano buscaríamos en otra parte, y que este sea el libro original, del que otros muchos y aun muchas tradiciones no han sido mas que copias informes. De aquí se sigue que es injusto querer impugnarle en ciertos puntos, por el silencio de los escritores posteriores muchos siglos á él, por cuya sola razon es muy racional explicar las tradiciones de los demas pueblos por las de los hebreos.

Que siendo el Pentateuco tan antiguo, no debe admirarnos que presente oscuridad acerca de las fechas, de los usos, los nombres de pueblos y ciudades, y los pormenores geográficos. Nosotros los franceses habitamos las mismas Galias, cuya historia compuso César después de haberlas conquistado, y nuestros eruditos encuentran á veces muchas dificultades para conciliar lo que nos dice este historiador conquistador con lo que ahora vemos. ¿Y se exigirá que no quede sombra ninguna de duda en un libro de dos mil años mas de antigüedad, escrito en una lengua ménos conocida que la de los comentarios de César, y relativo á costumbres y á pueblos que nos son aun mas desconocidos?

Que siendo el Pentateuco tan antiguo, no

debe admirarnos encontrar en la narracion de los hechos, en el texto de ciertas leyes y en los pormenores de las costumbres, una naturalidad y una sencillez de language que nos sorprenden; pues ademas de que esta mayor libertad puede ser mas conforme al genio oriental, es cierto que los pueblos nacientes, como aquellos cuya historia escribe Moises, no conocian estas finuras y estas frases usadas entre los pueblos, que por mas civilizados suelen ser á veces mas corrompidos: los hebreos como los pueblos primitivos nombraban sin rebozo lo que nosotros envolvemos en largos circunloquios. „Todas estas diferencias provienen, dice Fleury (1), de la distancia de los tiempos y de los lugares. La mayor parte de palabras que son deshonestas segun el uso actual de nuestra lengua, eran honestas antiguamente, porque denotaban otras ideas.” Esta observacion puede aplicarse no solamente á Moises, sino tambien á los demas escritores del antiguo Testamento, y yo lo hago aquí contra ciertos incrédulos, cuya pluma ha sido demasiado libre para tener derecho á denunciar escándalos.

La segunda consecuençia de la autoridad del

[1] Costumbres de los Israelitas, núm. 16.

Pentateuco, es que Moises era verdaderamente el enviado de Dios; es imposible ver tantos prodigios hechos por su mano, sin creerle revestido de un poder enteramente divino; así yo debo creer en su palabra, venerar su doctrina, y oír respetuosamente lo que nos enseña acerca de Dios, de la creación, del hombre y de los primeros tiempos, pues la mentira no ha podido manchar los escritos del que habla en nombre de la verdad misma; así también debo mirar al pueblo hebreo como el pueblo de Dios, el depositario de las tradiciones sagradas y de aquella luz divina que debía permanecer oculta en su seno; hasta que iluminase a todo el mundo con su resplandor; y así últimamente veo en la ley de Moises la preparacion y la figura de la ley cristiana; percibo la dependencia del antiguo y del nuevo Testamento, descubro los designios de la Providencia acerca de la conservacion de la verdadera religion; y comprendo por qué se dice que el cristianismo es tan antiguo como el mundo, y que ha comenzado con él, para no acabar sino con él. Sí, desde los pontífices que hoy gobiernan la Iglesia cristiana se sube por una sucesión no interrumpida hasta los apóstoles, desde los cuales, siguiendo por los pontífices que han servido bajo de la ley, se llega hasta Aa-

ron y Moises, y desde aquí hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo (1); así pues en la ley conocida por los patriarcas, en la que fué dada á los hebreos por Moises, y en la que ha sido dada á todos los pueblos por Jesucristo, siempre es el mismo Dios á quien se adora, siempre la misma esperanza de una vida futura, y siempre la misma fe mas ó ménos clara en un mismo libertador; así el cristianismo ha tenido su nacimiento, sus progresos y su madurez hasta que tenga su plena consumacion en los cielos; y así la religion forma como una cadena inmensa que unida por su primer anillo á la cuna misma del mundo, atraviesa la duracion de los siglos, y va á perderse por fin en la eternidad.

[1] *Bosuet, Disc. sur l'Hist. aniv. II. part. chap XXXI.*

MOISES

CONSIDERADO COMO HISTORIADOR

DE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS.

Una de las cosas mas capaces de interesar al hombre y de instruirle embelesando sus ocios, es sin duda alguna, señores, la lectura de las obras históricas. La historia uniendo lo presente á lo pasado, y desenredando la cadena de las naciones y de los siglos, hace en cierto modo pasar por nuestra vista los diferentes pueblos con sus costumbres y sus leyes, sus épocas de gloria y sus épocas de decadencia; nos encanta remotarnos hasta su origen, conocer sus fundadores, seguirlos en sus progresos, escudriñar las causas de su engrandecimiento como las de su caída, comparar lo que cada uno ha figurado á su vez en el teatro del mundo; y cuando el lector reflexivo, y sobre todo el cristiano, es testigo de todas estas escenas tan rápidas y variadas, y muchas veces tan trágicas,

se eleva naturalmente hácia aquel que desde el trono inmóvil de su eternidad tiene en sus manos las riendas del mundo, designa su lugar á cada nacion como á cada individuo, hace fenecer los mas antiguos imperios para formar de ellos otros nuevos, siendo el solo inmutable en medio de estas perpetuas vicisitudes. Pero si entre todos los monumentos históricos hay alguno que deba éxcitar el interes y la curiosidad general, que no sea indiferente á ningún pueblo, y que sea para todos los hombres como un monumento de familia, lo es, señores, la historia que Moises nos ha dejado de los primeros tiempos en ese libro en que cada uno puede leer su origen y su destino, sus desgracias y sus esperanzas, y que hallamos á la cabeza de nuestros libros sagrados con el nombre de *Génesis*. Yo no diré aquí cuán sublime es en su sencillez, cuán pura y hermosa es su doctrina, y cuanto interes inspira la descripcion de las costumbres patriarcales segun se refieren en las vidas de Abrahan, de Jacob, de Josef y de sus hermanos; mi objeto hoy es considerar á Moises únicamente como historiador de los tiempos primitivos, y vindicar la fidelidad de sus escritos de las impugnaciones de los incrédulos. Hay algunos eruditos que han sondeado las